

UNA TENTACIÓN DE LOS TRADUCTORES: EL REFUERZO Y LA ATENUACIÓN EXPRESIVOS

Otilia LÓPEZ FANEGO
Madrid

La importancia de la traducción, actividad milenaria de indiscutida necesidad cultural, viene suscitando, cada vez más, el interés de los lingüistas especializados que se esfuerzan por estudiar y clarificar los problemas que presenta a fin de llegar a resolverlos en un mundo cada día más necesitado de intercomunicación en todos los aspectos.

Por nuestra parte, el ejercicio de nuestra profesión nos ha llevado a reflexionar no solo acerca de los problemas lingüísticos de carácter práctico, propios de la traducción, tarea de la que es un lugar común decir que es tan útil como ingrata — "desesperada"— la ha llamado Francisco Ayala, sino correlativamente acerca de la importancia que, desde el punto de vista de vehículos de ideas que son las traducciones, pueden presentar sus desviaciones respecto del original. Debido a la lógica escasez de tiempo de que disponemos, mis ejemplos procederán únicamente de la comparación de originales franceses y de sus respectivas versiones a nuestra lengua.

Ante la imposibilidad de traer aquí una relación completa de las posibles desviaciones que acechan a los traductores, me limitaré solamente a dos, entre las muchas que presenta el arte de traducir. Me refiero al refuerzo y a la atenuación expresivos.

Por regla general puede decirse que todo buen traductor siente un afán de lograr transmitir lo mejor posible el mensaje original y ello le lleva, más o menos inconscientemente, al refuerzo expresivo. Además es frecuente que la compenetración del traductor con el pensamiento del autor, le impulse igualmente a explicarlo, a veces diluyendo lamentablemente el texto original y otras insistiendo y repitiendo innecesariamente, lo ya expresado. Otro tanto diremos respecto de la atenuación del

vigor que brota de un original y que fácilmente logrará el traductor con los mismos procedimientos que proporcionan el refuerzo expresivo, empleados, claro está, en sentido contrario, es decir, ante una idea enérgica, una traducción más suave y ante una expresión débil, una versión más fuerte. Asimismo la disconformidad con el autor puede llevar al traductor a reducir la firmeza del pensamiento original. Por lo que hemos podido comprobar es corriente que ambas desviaciones se produzcan en una misma obra, de acuerdo con la mentalidad del traductor.

También hay que tener presente que existen autores que por su íntimo modo de ser, por su propio carácter y gusto estético, prefieren exponer sus ideas como sugerencias, solicitando la adhesión del público discretamente, en la seguridad de que un lector inteligente captará sus intenciones profundas y se complacerá en hacer suyas las ideas que tan hábilmente ha expuesto. Dámaso Alonso ha dicho pertinentemente cómo “aun en las frases más sencillas el oyente intuye inmediatamente la densa carga, el rico contenido complejo de su significado”.¹ Por eso, me permitiré añadir, casi siempre leemos entre líneas y la resonancia que deja en nosotros una lectura es mucho más honda —aunque esta hondura varíe según los lectores— de lo que la fría sucesión de las palabras, desprovistas, si ello fuera posible, de toda carga afectiva, pudiera hacer sospechar. Por esta razón puede ocurrir que el traductor, olvidándose de transmitir exclusivamente, mediante la elección de la forma adecuada, esa delicadísima y compleja unión íntima entre el significante y el significado, haga predominar en su trabajo su personalidad de lector y yendo más allá de la levedad de las palabras originales, alcance a expresar la densidad de la idea que las ha inspirado. Cuanto mejor y más hábil es un traductor, más insignificantes pueden parecer los refuerzos y las atenuaciones y sólo su acumulación a lo largo de toda una obra da como resultado que la impresión que recibe el lector difiera de la que recibiría leyendo el original.

Tanto el refuerzo como la atenuación se consiguen, generalmente, cambiando los lexemas o léxico portador del significado, sustantivos, adjetivos calificativos y verbos principalmente. No se olvide que no existiendo sinónimos puros, incluso el uso de éstos para evitar repetición o monotonía, puede alterar el grado de expresividad. En segundo lugar señalaremos el hecho de cambiar los morfemas gramaticales, sobre todo las conjunciones. Incluiremos aquí bastantes adverbios que modifican extraordinariamente el significado de los lexemas, sobre todo el de

(1) Dámaso Alonso, *Poesía española*, Madrid, Gredos, 1957, p. 26.

los verbales. Tienen igualmente interés los cambios de demostrativos, posesivos, pronombres personales, artículos y número gramatical. Mención especial merecen las substituciones de los morfemas verbales, tanto por su eficacia como por su frecuencia. Así los cambios de tiempos, modos, formas impersonales por formas personales y viceversa, supresión de la voz pasiva original y cada vez menos usada en nuestro idioma, empleo de los verbos españoles de movimiento —una constante de nuestra lengua— y toda la variedad y riqueza que representan los verbos semiauxiliares con su abundante gama de matices afectivos en nuestro idioma. Así pues, los morfemas gramaticales son, en cierto modo, como catalizadores, capaces de transmitir o provocar en los lexemas y en otros formantes de su entorno complejos valores subjetivos, múltiples gradaciones expresivas, variables en cada contexto.

Harald Weinrich, en su interesante y minucioso estudio acerca de la *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, llega a la conclusión de que unos tiempos verbales predominan en los escritores y géneros literarios menos comprometidos, tales como la novela, por ejemplo, y otros, en cambio, abundan más en obras polémicas y de tendencias renovadoras, como son las comprendidas en el género del ensayo. Aquellas formas verbales las considera propias de lo que llama “el mundo narrado” y éstas últimas propias de “el mundo comentado”.²

Y no deben olvidarse tampoco las supresiones para lograr mayor concisión ni los añadidos explicativos, los cambios de puntuación, el uso o no de la interrogación retórica, el prurito de embellecer el texto, cuando precisamente sus valores estéticos atraen la adhesión del destinatario y tantas otras posibilidades estilísticas que refuerzan o atenúan la expresividad y que sería enfadoso reseñar aquí ya que están en la mente de todos.

Señalemos igualmente una dificultad que hará mucho más dura la labor de los traductores: nos referimos a la versión de obras antiguas, lo suficientemente alejadas en el tiempo para presentar unos escollos específicos. Tales son los cambios semánticos sufridos por las palabras, debidos a la evolución política, social y cultural a través de los siglos. Aunque exista la misma palabra en ambos idiomas puede suceder que su evolución semántica haya sido distinta y su significado, actualmente, no sea el mismo. Todas estas variantes influirán en la expresividad.³

(2) Harald Weinrich, *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos, 1968, cap. III, p. 61

(3) Otilia López Fanego, “En torno a la primera traducción de Montaigne al español”, *Nueva Revista de Enseñanzas medias* 6 (1984), pp. 79-89.

A estas dificultades tenemos que añadir la censura y la autocensura consiguiente, esos males endémicos en nuestro país, así como el afán del traductor por burlarlos, no sin grave perjuicio para el texto original. En estos casos las modificaciones más deplorables consisten no sólo en atenuar la expresividad sino también en suprimir los fragmentos más significativos.⁴

Recordemos seguidamente algo de lo que ha sucedido con Montaigne y sus *Ensayos*. El primer traductor español, Diego de Cisneros, reforzó casi siempre el estilo del original, estilo sugerente y en modo alguno dogmático y, simultáneamente, atenuó lo que juzgó peligroso para la ortodoxia.

Mas ya es bien sabido que esta traducción, a pesar de los esfuerzos del traductor por presentarla de forma aceptable en nuestro país, no se imprimió jamás, al ser los *Ensayos* incluidos en el *Índice de Libros prohibidos* español en 1640, justo tres años después de terminar su tarea Diego de Cisneros, es decir, treinta y seis años antes de ser incluido Montaigne en el *Índice* de la Inquisición romana.⁵ Pero acaso sea menos sabido que todavía en 1950, quedó prohibida, por hallarse en el *Índice*, la traducción de los *Ensayos*, llevada a cabo por la Editorial Iberia de Barcelona, con grave quebranto económico para dicha editorial.⁶

Veamos ahora un ejemplo de lo contrario: la mayor expresividad y firmeza del texto de una traducción al español respecto del texto francés. Nos referimos a una versión moderna del *Discours de la méthode*, de Descartes. El estilo cartesiano presenta un aspecto inseguro y tímido, lo que presupone una intención de prudencia, de no comprometerse, de expresar el propio pensamiento con matices de probabilidad y no de afirmación tajante e indubitable.

Descartes quiere hallar una disculpa para su empresa y dice haberla encontrado en su falta de seguridad en las opiniones de los demás:

"Je ne pouvais choisir personne dont les opinions me semblassent devoir être préférées à celles des autres et je me trouvais comme contraint d'entreprendre moi-même de me conduire".

(4) José Luis Abellán, *El erasmismo español*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1982, pp. 86-87, 101 y 108. Asimismo Dámaso Alonso, en el prólogo de su edición de *El Enquiridión*, tomo XVI de los "Anejos de la Revista de Filología española", precisa que el traductor "suele desvirtuar algo las alusiones o comparaciones de procedencia pagana".

(5) Otilia López Fanego, *Contribución al estudio de la influencia de Montaigne en España*, extracto de tesis doctoral en *El Ingenioso Hidalgo* 42 (1974) pp. 46-87.

(6) Carta de la Ed. Iberia, fechada en Barcelona a 13 de abril de 1950.

Varios vocablos y locuciones reveladoras de timidez encontramos aquí: el uso de los imperfectos de indicativo y subjuntivo, la larga perífrasis verbal, la justificación, matizada de modestia que, de su actitud introduce la conjunción "comme". Finalmente un alargamiento que quita vigor a la explicación de su postura.

Aparte de que el uso del imperfecto de subjuntivo, hoy en vías de desaparición, era corriente en la época, no cabe duda que la construcción de la frase que reproducimos rebosa de atenuaciones.

Damos seguidamente una versión de esta frase, hecha por un buen traductor de nuestro siglo, libre ya de temores de otros tiempos. No estará de más apuntar que dicha versión, aunque de 1954, ha sido realizada y publicada en Buenos Aires.⁷

Dice así:

"... cuyas opiniones me pareciesen preferibles a las de los demás encontrándome, por consiguiente, como obligado a conducirme por mí mismo".

La primera oración aparece más clara y vigorizada mediante mayor concisión. El traductor ha conservado la conjunción "comme", justificativa, ha añadido "por consiguiente" para resaltar la actitud consecuente del autor y, finalmente ha dado más vivacidad y rapidez al relato suprimiendo un alargamiento inútil, "à entreprendre".

Ya hemos hablado del importante papel que, en cuanto a atenuación o refuerzo expresivos desempeñan los distintos usos de los tiempos verbales. Predominan en el texto de Descartes las formas verbales que Harald Weinrich considera propias del "mundo narrado", según hemos podido comprobar. Y Harald Weinrich comenta al respecto: "Recordemos que Descartes no ha elegido por puro capricho la perspectiva narrativa que, para un tratado filosófico es bastante inusitada. Descartes narra su filosofía para quitar a su exposición el carácter de compromiso. [...] Constituye a la vez una precaución por parte del que sabe que, a veces es peligroso decir la verdad. Los filósofos del siglo XVIII se acordarán de este artificio para narrar la filosofía en lugar de comentarla".⁸

Reseñemos que, no obstante sus precauciones, Descartes fue incluido en el Índice romano en 1663.

(7) Descartes, *Discurso del Método*, 2ª parte, traducción y prólogo de Antonio Rodríguez Huéscar, Buenos Aires, Ed. Aguilar, 1954, p. 59.

(8) Harald Weinrich, *op. cit.*, pp. 165-166.

En España, el primer intento de traducir a Descartes lo hizo Juan Bautista Corachán que no pasó de las primeras páginas.⁹

Veamos a continuación dos ejemplos de traducción de D'Holbach con aditamento de refuerzo por parte del traductor:

"D'après ces principes adoptés par la saine critique..."

"Supuestos estos principios que tiene universalmente adoptados la sana crítica..."

"Rien de plus important pour un chrétien que de savoir à quoi s'en tenir sur la résurrection du Christ. S. Paul nous dit que, si Jésus n'est point ressuscité, notre espérance est vaine".

"Nada tan importante para el cristiano como saber a qué atenerse acerca de la resurrección de Cristo. Dice San Pablo, y con razón, que si Jesucristo no resucitó nuestra esperanza es vana".¹⁰

Algo más nos detendremos en la versión de un autor de nuestro siglo. Vayan ahora unos ejemplos de la versión española de *L'Ile des Pingouins* de Anatole France, efectuada por J. Ruiz Contreras, escritor y traductor de reconocida fama, que llevó a cabo la traducción de las "Obras completas" del autor francés, en la Editorial Aguilar, Madrid, 1954.

Recordaremos que Anatole France ha concebido esta novela como una parodia de las obras de ciertos historiadores que, pretendiendo ser imparciales, desapasionados y desvinculados de los hechos que narran, carecen de espíritu crítico y en sus relatos presuntamente asépticos, acumulan las mayores contradicciones. France ha conseguido acallar su propia personalidad para adoptar la actitud de un narrador ingenuo de puro ignorante que, por encima del bien y del mal, acepta y transcribe de forma imperturbable los mayores absurdos de modo suave y con toda naturalidad. Ha logrado con ello, gracias a una inteligente dosificación y a una exposición armónica de hechos contradictorios, una obra maestra en que surge una ironía tan sutil como demoledora y todo ello configurado por un estilo sobrio, leve, amable y en el que resaltan con elegante contraste afirmaciones tan rotundas como en apariencia convincentes.

(9) Ramón Ceñal, "Cartesianismo en España. Notas para su historia (1650-1750)" *Revista de la Universidad de Oviedo* (1945), p. 53.

(10) D'Holbach, *Premières oeuvres*, París, Ed. Sociales, 1971, "Histoire critique de Jésus Christ", pp. 184-185.

Barón de Holbach, *¿Quién fue Jesucristo?* Traducción y adaptación de Eusebio Heras, Barcelona, Librería de Castells y Cía, S.A. p. 178 (s.a).

¿Ha adoptado el traductor la misma actitud que el autor? En términos generales, a pesar de la buena calidad de la versión, hemos observado algunas desviaciones debidas a la intromisión del traductor en el texto que traduce. No citamos aquí, como es natural, sino unas cuantas. Veamos cómo explica France lo que están haciendo los pingüinos:

“Ils créent le droit; ils fondent la propriété, ils établissent les principes de la civilisation, les bases des sociétés et les assises de l'Etat”.

“Ahora crean el derecho y fundan la propiedad, establecen los llamados principios de la civilización, las bases sociales y los cimientos del estado”.¹¹

Fácilmente se echa de ver que nos encontramos con una precisión temporal explicativa, “ahora”; con la conjunción “y” que pone en relación el concepto de propiedad con el de derecho; con la substitución de un sustantivo por un adjetivo “sociales” y sobre todo con el añadido “los llamados” antepuesto a “los principios de la civilización”. Esta última variante advierte claramente al lector que el autor no está conforme con “esos principios de la civilización”. El traductor, llevado por su conformidad con Anatole France, ha olvidado que el autor francés escribe como si fuese uno de esos historiadores de los que hemos hablado y a los que, obviamente, satiriza.

Más claramente observamos en estos otros ejemplos la intromisión del traductor:

“Ainsi furent détruits en grand nombre les chefs-d'oeuvre de la poésie et de l'éloquence antiques. Les historiens sont unanimes à reconnaître que les couvents pingouins furent le refuge des lettres au moyen âge”.

“Así destruyeron en gran parte las obras maestras de la poesía y de la elocuencia antigua. Lo cual no es obstáculo para que los historiadores reconozcan, con rara unanimidad, que los conventos pingüinos fueron el refugio de las letras durante la Edad Media”.¹²

(11) Anatole France, *L'île des Pingouins*, “Les origines”, cap. III. Ed. Española citada, p. 377.

(12) Anatole France, “Le Moyen Age et la Renaissance”, cap. III.

En estas frases, el traductor ha vigorizado los verbos, sustituyendo una voz pasiva por voz activa y un infinitivo por una forma personal. Pero con su aditamento explicativo “*lo cual no es obstáculo*”... ha avisado al lector de la continuación que seguidamente va a formular. Ha desaparecido lo que llamamos el “efecto sorpresa” que tanto emplea Anatole France, yuxtaponiendo sin indicio previo alguno, dos juicios contradictorios.

Un último ejemplo de refuerzo explicativo que, en realidad, quita firmeza al texto original:

“On ne saurait trop admirer que durant ces longs âges de fer, la foi ait été conservée intacte parmi les Pingouins (...). Une pratique constante de l’Eglise contribuait sans doute, à maintenir cette heureuse communion des fidèles: on brûlait immédiatement tout Pingouin qui pensait autrement que les autres”.

“Es verdaderamente admirable que durante aquella edad de hierro, la fe se conservara intacta entre los pingüinos (...). Una práctica constante de la Iglesia contribuyó, sin duda, a mantener esta dichosa comunión de los fieles y consistía en quemar *sin escrúpulo* a todo pingüino que *no pensara* como los demás”.¹³

De nuevo hallamos aquí unos añadidos explicativos y la desaparición del “efecto de sorpresa” intensificado por haberse modificado también la puntuación. Asimismo el cambio de los tiempos verbales actúa como en el ejemplo anterior y particularmente al final cuando cambia una forma afirmativa por una forma negativa, mucho menos significativa y sugerente. La expresión escueta, concisa, empleada oportunamente, es más fuerte y significativa por la misma razón que un grito dice más que las palabras.

En cambio, en esta traducción, predominan las atenuaciones si se trata de fragmentos relacionados con cuestiones de fe. Como todos Vds. saben, en la asamblea que tiene lugar en el Cielo se produce una discrepancia de opiniones acerca de cómo resolver el problema que ha planteado el Santo Mael en la Tierra, al haber bautizado, por error, a unos pingüinos. Dios no quiere que su omnisciencia influya en el libre albedrío de los pingüinos. Aludiendo al famoso dilema entre la presciencia divina y la libertad del hombre, el Altísimo decide:

(13) Anatole France, “Le Moyen Age et la Renaissance”, cap. III. Ed. española, p. 398.

“Mais il convient que ma prescience n'entreprene pas sur leur libre arbitre. Afin de ne point porter atteinte à la liberté humaine, j'ignore ce que sais, j'épaissis sur mes yeux les voiles que j'ai percés et dans mon aveugle clairvoyance, je me laisse surprendre par ce que j'ai prévu”.

“Pero conviene que mi presciencia no cohiba el libre albedrío. Para no poner diques a la libertad humana, ignoro lo que sé, oscurezco sobre mis ojos los velos *que serían transparentes para mí*; en mi ceguera *que todo lo ha vislumbrado*, me dejo sorprender por lo que *tuve previsto*”.¹⁴

La atenuación viene dada principalmente por el cambio de las formas verbales: *serían*, indicando posibilidad y no certidumbre; por el cambio lexemático, *vislumbrar* en lugar de “ver” y desaparición de la antinomia “aveugle clairvoyance”; finalmente *tuve previsto* indica un alejamiento en el pasado que también debilita la expresividad.

Otros dos ejemplos ponen de manifiesto esa suavización aludida cuando el texto roza lo religioso. Oigamos a Virgilio hablar desde ultratumba con un cristiano, exponiéndole las razones que tiene para no desear el Cielo de los adoradores de Cristo:

“... craindre le plaisir et fuir la volupté m'eût paru le plus abject outrage qu'on pût faire à la nature. On m'assure que durant leur vie certains parmi les élus de ton Dieu s'abstenaient de nourriture et fuyaient les femmes par amour de la privation et s'exposaient volontairement à d'inutiles souffrances. Je craindrais de rencontrer ces criminels dont la frénésie me fait horreur”.

“Temer los placeres y huir la voluptuosidad me hubiera parecido el más abyecto ultraje que puede hacerse a la naturaleza. Me aseguran que durante su vida, los elegidos de Dios se abstienen de alimentarse *bien*, huyen del contacto con mujeres y se imponen, voluntariamente, sufrimientos inútiles. *Me disgustaría* tropezarme con esos criminales, cuyo frenesí me produce horror”.¹⁵

(14) Anatole France, “Les origines”, cap. VII. Ed. española, p. 371.

(15) Anatole France, “Le Moyen Age et la Renaissance”, cap. VI. Ed. española, p. 407.

Aparte del presente *puede* en lugar del pasado "pût" que trae hasta nosotros la queja de Virgilio actualizándola, señalemos las variantes más alejadas del original. En primer lugar la supresión del posesivo "tu" en "ton Dieu", implica en español el reconocimiento de un solo Dios y el de los cristianos; la supresión de "*par amour de la privation*", lo que supondría, de haberse traducido, un cierto carácter masoquista atribuído, en palabras de Virgilio, al cristianismo. Ese carácter lo confirma Anatole France con el verbo "*je craindrais*" que expresa temor y que el traductor ha suavizado un tanto traduciéndolo por "*me disgustaría*".

Por último Virgilio se despide con estas palabras:

"Voilà les raisons que je priai cet homme simple de faire valoir au successeur de Jupiter".

Lo cual aparece así en nuestra lengua:

"Con estas razones rogué al hombre sencillo que me excusara ante el sucesor de Júpiter".¹⁶

El traductor no ha utilizado el adjetivo "simple" que, lo mismo en francés que en español, puede aplicarse a una persona falta de luces y de entendimiento. Pero lo más grave es el cambio efectuado al transcribir "faire valoir", es decir "defender", "dar fuerza" a los propios argumentos, que es lo que Virgilio, firme en su postura, desea que se le haga saber al sucesor de Júpiter, precisamente por todo lo contrario, una fórmula de excusa, de sometimiento.

Hemos dejado para el final de esta somera comunicación la ingerencia del traductor en su versión en la traducción de obras teatrales en que, a la expresividad del texto se suma el juego escénico en general, particularmente la entonación y la mímica. No es raro que el traductor haga más explícita la expresión de dolor y de angustia en obras trágicas e intensifique la versión con detalles ridículos para mover más fácilmente a risa en las comedias.

Además las obras de teatro presentan, por su peculiar finalidad, otros motivos que propenden a que sean más o menos transformadas para poder ser adaptadas a la actualidad cultural del momento en que van a ser representadas. Tal sería el caso del *Tartufo* no representado en España hasta 1969, tres siglos después de haberlo creado Molière.

(16) Anatole France, "Le Moyen Age et la Renaissance", cap. VI. Ed. española, p. 407.

Sin detenernos ahora en los detalles del texto de la, desde luego, buena traducción española, han quedado, nos parece, intensificados los elementos ridiculizadores. Pero otra es la mayor desviación de la obra: se ha desplazado el efecto de comicidad a otro personaje distinto del realmente ridiculizado en la obra original, con las variantes, que con frecuencia, este hecho implica.

Molière, como se sabe, escogía para él los papeles del protagonista, al que pretendía ridiculizar. Por lo menos en dos ocasiones no lo hizo y fue precisamente en las dos obras cumbres de su producción teatral, *Tartufo*, y el *Don Juan*. En *Tartufo*, representó el papel de Orgon, no meramente ingenuo, sino carente de un mínimo espíritu crítico, con esa credulidad fruto de la ignorancia, tan contumaz como temible, que le inclina a ejercer su autoridad con total absolutismo en perjuicio de su propia familia y de sí mismo. Es un tirano egoísta con temor al infierno, servil ante Tartufo. De ahí el difícil equilibrio de la actuación de Molière para destacar lo dañino del personaje y simultáneamente, hundirle ante el público mediante el ridículo. Y de ahí también la dificultad de la traducción para dosificar adecuadamente lo ridículo y lo malévolo del personaje.

Trescientos años después, el primer actor Marsillach tomará para sí la tarea de ridiculizar a *Tartufo*. La evolución de las mentalidades es evidente: se cree que un ser como Tartufo no puede ya ser tomado en serio por nadie, ya que no engañaría a nadie en nuestros días. Pero en la época de Molière y aún mucho después el hipócrita religioso es terriblemente peligroso. En la obra original puede suscitar la risa en algunos momentos pero no fue concebido por su autor para hacer reír sino para que sus actos y sus palabras, aun los que mueven a risa, sirvan precisamente para satirizar más todavía al necio que le cree sincero. Esa credulidad nefasta de los Orgon es el blanco de los sarcasmos de Molière. Mientras existan tantos necios dispuestos a creerse todos los absurdos de gentes indignas de credibilidad, podrán seguir prosperando los Tartufos. Así, pues, en este caso ¿ha sido traicionado el autor o bien adaptado a nuestra época? Cada uno puede meditar sobre tan interesante cuestión.

Por todo lo expuesto pensamos que el estudio de las desviaciones de una traducción pueden aportar datos de enorme interés al poner en evidencia las inevitables diferencias de matiz que adquiere un mismo concepto en dos moldes diferentes. La comparación de un mismo pensamiento actualizado en dos idiomas distintos hace resaltar características de ambos que pudieran pasar inadvertidas sin el contraste y que sólo la comparación descubre y ayuda a analizar. Además este estudio puede

resultar altamente instructivo y fuente de múltiples reflexiones no ya únicamente lingüísticas, sino relativas a otras ciencias del hombre, como la sociología, psicología y etnología, entre otras. Y, al igual que toda obra original importante, puede develar curiosos aspectos de la época en que fueron ambas obras realizadas. Y no omitamos la utilidad que a este mismo respecto puede proporcionar el estudio comparativo de distintas traducciones a idiomas distintos de una misma obra.

Asimismo el desfase entre la época histórica del original y la de la traducción se presta a la pérdida de nociones interesantes sugeridas mediante veladas alusiones, ironías, prudentes ambigüedades inexplicadas y tantas veces inexplicables después. De aquí que el traductor no puede ignorar la historia de las ideas, del pensamiento, la situación cultural del momento en que se escribió la obra original —y también la de la traducción— para interpretar correctamente aquélla.

Por eso concluimos este breve y tan incompleto estudio, manifestando nuestra satisfacción por haber sido creadas dos nuevas licenciaturas en el apartado de Humanidades, de la nueva Ley de Educación, licenciaturas que veníamos ansiando desde hace mucho tiempo. Una es “Teoría de la Literatura y Literatura comparada” y otra “Traducción e Interpretación”, ambas imprescindibles para una mejor comprensión tanto de la Historia como de la Literatura.